

La mujer de los ojos tristes

Rubén Rojas

La conductora del bus eléctrico del recorrido 210, Puente Alto - Estación Central, Juana Pávez Aguilera, condujo su brillante máquina al andén asignado, para iniciar el recorrido anunciado por el jefe de la garita. A esa hora cuando el sol dudaba si se dejaba ver o no, ya se encontraban varios pasajeros esperando el bus, para dirigirse hacia sus diferentes actividades. Algunos de sus usuarios fueron tímidos al comienzo con ella, pero con el correr del tiempo, comenzaron a saludarla y a buscarle conversación. Otros más aventajados, le preguntaron coquetamente, si estaba felizmente casada o si se encontraba libre de todo amarre. Unos cuantos comenzaron con el típico “uy que hace frio” hasta llegar a “que le parece la situación política del país”.

Inició su labor profesional en aquellos buses azules a petróleo, importados de Brasil. Antes de este trabajo se desempeñaba como asesora de hogar. La noche anterior a su cumpleaños, escuchó por casualidad una conversación que mantenía su hija mayor con una amiga del barrio. En ésta ocultaba con mucha vergüenza el trabajo de empleada de casa particular que realizaba su madre. Le decía en cambio, que su progenitora se desempeñaba como una eficiente secretaria de una importante empresa.

Al terminar de escuchar esa denigrante conversación apenó su alma, demudó su rostro agrietando entero su corazón por culpa de ese misil lanzado por una adolescente que aún no iniciaba su recorrido por los vericuetos de la vida. Como no comprender que, gracias a ese desempeño “vergonzoso” según ella, a ninguno les faltó un misero pan para llevárselo a la boca.

Cuatro semanas más tarde aún con lágrimas en los ojos, se enteró por un diario local, que una conocida empresa de transportes necesitaba conductores para manejar

sus buses. Además, ofrecía capacitación gratuita a los seleccionados para desempeñarse profesionalmente como choferes de buses de la locomoción colectiva. Como madre y con un amor incondicional a su hija, se encontraba evaluando otra fuente de ingreso. Al parecer, esta ocupación cumplía con todas sus expectativas. Envió diligentemente su curriculum vitae y esperó ansiosa la respuesta la semana completa. Una llamada telefónica la alertó que la empresa la citaba los jueves siguientes para entrevistarla.

Como la ocasión lo ameritaba, eligió la mejor de sus tenidas, exageró un poco más el maquillaje, y muy segura de sí misma, se presentó sin más en la dirección publicada. Al jefe de personal, le cayó en gracia de inmediato. Más todavía, cuando inquirió por qué se había presentado a un puesto que mayoritariamente lo desempeñaban hombres.

Ella respondió muy convencida:

- Estimado señor, yo he largado al mundo tres críos sin bajar la más mínima lagrima. Al contrario, cada contracción para mí se constituía en un triunfo. Ahora yo le pregunto en voz alta:
- ¿Si los hombres parieran en vez de nosotras, cree que ellos soportarían ese intenso dolor que tan solo nosotras conocemos? No, no, ni por un momento, se lo aseguro. Por eso me tiene acá de cuerpo presente. Creo que estoy absolutamente capacitada para el puesto. Téngame toda la confianza del mundo señor, se lo doy firmado, no lo voy a defraudar—

Frente a la brillante e inesperada respuesta de la postulante, al jefe no le quedó más alternativa que decirle que sí. Por su dilatada experiencia, sabía con solo verlo, cuando un trabajador era eficiente. En la misma dependencia le informaron que si ganaba la plaza, obtendría un salario mayor que su anterior trabajo, además de diversos bonos.

Razonó que esta nueva actividad podría ser más aliviada. Solo iba a estar sentada todo el día detrás de un volante, realizando cambios y martillando la bocina cuando se encontrara con un conductor desprevenido o un peatón descuidado.

Juana Pávez, como muchos apostaban, se convirtió en la mejor alumna del curso de capacitación. Estudió el reglamento del tránsito, como si en ello se le fuera su propia vida. Hasta altas horas de la noche se encontraba en la cama realizando cambios imaginarios, poniendo la primera, pasando a la segunda, y de ahí a la tercera y después todos los cambios siguientes. Finalizaba la cantinela de los cambios, solo cuando su esposo despertaba preocupado, por el continuo movimiento de las sábanas.

Al quinto mes exacto de su nuevo y flamante trabajo, una mujer de rostro angustiado y ojos tristes comenzó a viajar diariamente a su bus, aferrada a una destartada maleta. Los seis días de la semana, sin saltarse uno, estaba ella en el paradero, con total ausencia de vida, con sus ropas desgastadas. A la conductora, le sorprendía de sobremanera, como ella, siempre acercaba su tarjeta al validador, no como acostumbraban muchos a evadirla. Se asomaba a la puerta con la cabeza oculta entre sus hombros, tratando de disimular las continuas lágrimas que recorrían ese rostro carente de alegrías, ya hace muchas lunas. Juana observaba que siempre ella concluía su viaje en la misma parada: Mall Vespucio.

Empezando la tercera semana, Juana Pávez tomó la iniciativa para comunicarse con ella, prodigándole su acogedora sonrisa. Como respuesta, la mujer de los ojos tristes sumergió más su cabeza. Por fin, a la séptima sonrisa, la mujer sufriente, no logró esquivarla, contestándole con un esforzado "hola". Al llegar al paradero acostumbrado, alzó levemente su mano derecha, en señal de despedida. Como respuesta, la profesional del volante, le respondió con dos suaves bocinazos.

Al lunes siguiente la pasajera ocultaba sus ojos con su pelo, que, al parecer, solo conocían la mala suerte. Ahora no respondió a su sonrisa, sino que rauda se fue a instalar en lo último del bus. De esa misma forma, lo realizó la semana completa. Hasta algunos pasajeros del mismo trayecto, percibían ya su dolor, cuando la veían refugiarse en lo último del transporte, concluyendo quizás, que ella, necesitaba de forma urgente, ayuda.

Esa misma tarde la conductora le participó a su esposo, Raúl González, el asunto de la pasajera de los ojos tristes asida a una maleta gastada y que esquivaba su mirada.

Le pidió sugerencias de cómo poder ayudarla. El hombre ya sabía que cuando a su mujer se le ponía algo en la cabeza, no terminaba hasta solucionarlo. Casi siempre el salía para atrás cuando intercambiaban opiniones. Los argumentos de la mujer eran generalmente avalados por la misma universidad de la vida. Para no entrar en discusiones vanas, le sugirió, que él mismo, se ofrecía a seguirla sigilosamente, para indagar sus pasos.

La idea presentada era la respuesta que esperaba ella. El viernes siguiente, su marido viajó en el mismo bus y cuando apenas descendió la mujer, él se bajó también y siguió sus huellas. A la altura del siete mil de Vicuña Mackenna Poniente, la mujer corrió el cierre de la maleta, y extrajo un desteñido género que instaló delicadamente en la vereda. Procedió a llenarlo con diversas baratijas para su venta. Presa de un descuido, se quitó los anteojos de sol, dejando al descubierto un tremendo moretón en el ojo derecho. Arrepintiéndose al instante del hecho, se los instaló nuevamente.

Ella no voceaba su mercadería como acostumbran los comerciantes ambulantes, pero no se sabe por qué extraña razón, no pocas mujeres frenaban su andar en el mismo puesto, y algo de sus productos adquirían. El hombre espía, para explicarse el fenómeno, se dijo que aquello, solo era pura solidaridad femenina ante una de sus iguales caída en desgracia. Posteriormente Raúl indagó con otros comerciantes acerca de la mujer, logrando informarse de que ella rara vez almorzaba, que siempre era la última en retirarse, y que era habitual observarla con aguas en los ojos, y que rehuía huraña a todo tipo de conversación.

Raúl regresó al lugar a las cinco de la tarde para observar como la mujer iniciaba el regreso a su hogar. Ella, guardaba con extremo cuidado la mercadería exhibida. Terminada la rutina, se instalaba en unos asientos que la Municipalidad había puesto. Cuando se cumplió una hora, fue en busca del bus que la regresaría a su casa. Estimó prudente no pisarle los talones por ahora. Marcó enseguida el número de su compañera para narrarle los pormenores de su cometido, no omitiendo detalle. Ella lo felicitó, y como premio a su excelente gestión, le anunció que le prepararía mañana su plato preferido, acompañándolo con un buen vinito tinto.

Al día siguiente la mujer de los ojos tristes no subió al bus. Tampoco lo realizó en los posteriores días. Entonces, comisionado por su señora, Raúl González, se apersonó en el lugar donde ella hasta hace poco, ofrecía su mercadería. Lo encontró desierto. Se aproximó nuevamente a los vendedores ambulantes para inquirir sobre ella. Después de varios tiras y aflojas, un joven vestido de punk comentó apesadumbrado:

- Esa mujer tiene el olor característico de los difuntos. El final de su carrera se le está aproximando peligrosamente. No sé por qué le digo esto a usted, pero créame que yo hablo de igual a igual con ese hombre del tridente. Cuando se me pone algo en la cabeza, es muy difícil que me equivoque—
Concluyó su verborrea acariciando una cruz invertida.

Raúl inmediatamente relató a su señora la conversación sostenida con aquel individuo parco en modales. Juana Pávez Aguilera temiendo lo peor, se comunicó inmediatamente con la bibliotecaria Damaris Valdivieso Roa y con la abogada Ingrid Urrejola Benavides. Todas estuvieron de acuerdo y dispuestas para iniciar de inmediato su búsqueda. Dos días después Damaris, ya había tomado contacto con todas las bibliotecas y centros culturales de Puente Alto. Su descripción física ya era conocida por mucha gente del sector.

Entretanto también la abogada presentó un escrito informando de su posible desaparición. También incluyeron en la búsqueda al “Pan de Bendición”, ex “Carne Amarga”, el cual ya rastreaba sus huellas acompañado como de costumbre, por su ahijado José Miguel y su amigo Gustavo. Cabe aclarar que la conductora, la bibliotecaria, la abogada, el Pan de Bendición, su ahijado y su amigo pertenecían a una organización de larga data llamada: “Mujeres, un canto a la libertad”. Su primera finalidad era defender a las mujeres ante cualquier peligro proveniente del género opuesto.

La conductora de buses solicitó a su empresa un permiso administrativo para ausentarse todo el día. En primer lugar, concurrió al paradero veintiocho donde la mujer

de los ojos tristes solía tomar el bus para trasladarse al Mall Vespucio. Observó con detención los distintos tipos de buses y colectivos que frecuentaban el lugar. Pronto se acercó a charlar con algunos vendedores ambulantes para saber de ella. Recorrió a paso lento, ocho cuadras hacia la cordillera y transitó las mismas hacia la costa. El reloj marcaba las catorce horas y parecía que todo su trabajo había sido en vano.

La bibliotecaria se enteró de que en la comuna había tres mujeres desaparecidas, pero que sus rasgos no coincidían en lo más mínimo con la mujer de los ojos tristes. Mientras tanto la experta en leyes procedió a contratar a dos actores profesionales para que realizaran a la perfección su acostumbrado papel de detectives. Solo que esta vez no lo realizarían en el escenario de la vida misma. Un primer actor concentró su acción donde ella instalaba su mercadería. El segundo más hábil, solicitó en gendarmería, los datos de personas que vivían en el sector y que tenían cuentas pendientes con la justicia.

Por su parte, Juana Pávez Aguilera, llevaba cinco días preguntando a sus pasajeros, si vieron en algún lugar a la mujer de los ojos tristes asida a una maleta tan desgastada como ella. Recibió todo tipo de informes, pero ninguna cuadraba. En tanto, Raúl, se dio tiempo y maña, para revisar videos en YouTube que hablaban sobre desapariciones de mujeres.

Pasado un tiempo prudente, todos concluyeron, que lo mejor sería reunirse para analizar juntos toda la información recopilada. La conductora ofreció su domicilio para realizar la junta. Ni corto ni perezoso, Raúl ofreció agasajarlos con un asado. La idea prendió como pasto seco.

- El vino lo aporto yo— dijo la abogada

La bibliotecaria se hizo cargo de las ensaladas y los comediantes presentarían un pequeño espectáculo para alegrar a los presentes y bajar las revoluciones.

Fue bueno juntarse porque cada uno dio cuenta de lo que había recopilado y con ello, cada uno realizaría un mejor trabajo de búsqueda.

Dos días después de la exitosa reunión, El Pan de Bendición inició contacto con una banda de narcotraficantes del sector. De acuerdo con las señas que les proporcionó sobre la mujer de los ojos tristes, los narcos aseguraron que había sido consumidora de pasta base. Otro recordando a su cliente, dijo que siempre acudía a comprar acompañada de un ladrón de poca monta.

Ese mismo día la conductora del recorrido 210 de Puente Alto – Estación Central, repartía volantes en el sector con la imagen de la mujer de los ojos tristes, para que los pobladores la reconocieran y le entregaran pistas sobre ella. Por su parte, Raúl los distribuyó en las dos ferias libres del lugar.

Juana Pávez Aguilera, fue sorprendida por una voz pasada a licor de dudosa calidad. Le comunicaba que él sabía dónde podrían ubicar a la mujer, pero que eso costaba cien billetes de los grandes. Sin que el hombre se diera cuenta, fotografió con su celular, su rostro. La imagen llegó en un santiamén al teléfono de El Pan de Bendición, con su respectiva explicación. Más pronto que tarde, el ex malhechor se encontraba tras los pasos del infeliz. Luego se unió todo el grupo en busca de aquel hijo del dios Baco. La conductora lo encontró durmiendo en un basural cercano. Lo trasladaron en vilo a la comisaría más cercana. Cuando volvió en sí, después de una buena mojada, contó todo lo que sabía.

El grupo consideró que, por la posible peligrosidad del ladrón de poca monta, solo El Pan de Bendición se acercara al domicilio señalado. Sucedió antes, que un delincuente escuchó sin querer la completa delación y conociendo a ese sujeto, se adelantó alertándolo para que huyera inmediatamente del lugar. El ex Carne Amarga invadió al domicilio con todas las precauciones necesarias, encontrando por fin a la mujer de los ojos tristes, tirada en un rincón de la habitación y golpeada en extremo. Pronto el grupo la estaba trasladando al hospital más cercano.

Luego el Pan de Bendición se presentó con su sobrenombre antiguo ante el delincuente más temido de la población. Este conociendo su pasado criminal y de asaltante de bancos, le presentó los respetos correspondientes. El ex brabucón solo dijo:

- Quiero a ese desperdicio humano, a más tardar a las doce en punto de esta misma noche. Lo quiero vivito y coleando.
- No se preocupe. Se hará exactamente como usted lo ordenó. Su palabra es ley, y aún tiene fuerza en el mundo del hampa. No ha nacido aún el que se le asemeje— finalizó.

Efectivamente, a las doce en punto bajaban un bulto que se asemejaba a un ser humano para presentárselo. Lo tomó de las solapas y mirándolo fijamente a los ojos, le dijo simplemente, habla.

- Perdóneme, yo no quería hacerle daño. Ella me obligó. Quería regresarse al sur donde vive su familia. Por eso la secuestré y la humillé—
- No tan solo la maltrataste ahora maricon, sino que lo realizaste desde que comenzaste a convivir con ella. ¿No es cierto, poca cosa? — Terminó la frase acompañándole un fuerte golpe en plena cabeza.

El grupo discutió arduamente que hacer con este maltratador. Concluyeron que la justicia ordinaria históricamente ha sido muy débil en estos casos. Entonces acordaron que este vil hombre se transformara en un mocito de la penitenciaría aseando los baños de ésta. Que, limpiando diariamente los excrementos de otros, los terminara odiando. Finalizando la reunión, lo entraron clandestinamente a la cárcel para que cumpliera su condena. Lo dejaron a cargo del líder de una de las bandas más temida de la cárcel, cosa que, por ningún motivo, eludiera su trabajo los siete días de la semana.

Se supo que al terminar su condena de siete meses limpiando los servicios higiénicos de los reos, el hombre nunca más volvió a ser el mismo. Por otro lado, la mujer de los ojos tristes inició amistad con la Juana Pávez Aguilera, y ahora su contagiosa y alegre risa, era el comentario obligado entre los conductores de los buses eléctricos del recorrido 210, Puente Alto – Estación Central.